

Karina tuvo que reconocer que el asunto se le había salido de las manos. Una cosa era aquel sueño recurrente que solía mortificarla en medio de la madrugada hasta que se levantaba empapada en sudor y otra muy distinta caer en esa especie de trance repentino que la obligaba a desconectarse de la realidad por unos segundos, tras lo cual volvía en sí, presa de una sensación de asfixia y terror. Era como si la pesadilla hubiese ganado terreno en su mente y ahora se le presentara en forma de recuerdos fragmentados. La misma visión, el mismo lugar, la misma persona, todo exactamente igual, pero más vívido, más cercano, como si hubiese pasado en realidad, como si no fuera el producto de su imaginación.

El tipo calvo detiene el carro una vez encuentra el lugar que ha estado buscando. La carretera intermunicipal ha quedado atrás hace unos minutos y la única forma de acceder a la zona en la que ahora se encuentran, es recorriendo un tramo apócrifo y sin pavimentar que ha sido dibujado sobre la tierra a fuerza de pasar el carro sobre él. Alrededor no se ve más que monte. No hay ni siquiera árboles, sólo un conjunto de maleza de considerable altura que emula los cañaduzales de las afueras de la ciudad. Los mosquitos revolotean en gruesas manadas que zumban alrededor del auto y el aroma a humedad se filtra entre dorados reflejos que rebotan furiosos contra el parabrisas.

- ¿Y no conoces al calvo o no se te parece a nadie que conozcas? - Angélica había cursado dos semestres de psicología y siempre que una amiga suya le contaba un problema, intentaba darle una explicación de cariz sexual.

Era la primera persona con quien Karina lo comentaba. Ni siquiera le había mencionado el tema a Mario. Llevaba viviendo con él tan sólo cuatro meses y no quería asustarlo. Suficiente tenía con pasar mala noche cada vez que a ella la acosaba el misterioso sueño y debía levantarse al baño.

- No, a nadie - Karina lucía descompuesta. Llevaba lidiando con eso ya casi un mes y tenía miedo de que pudiera ponerse peor.

- Bueno, podría tratarse de alguna manifestación de tu subconsciente por el temor a iniciar una nueva vida con Mario o podría ser algo más complejo, pero lo de las visiones ya me preocupa -

- No son visiones! - Karina quería evitar a toda costa que la tomaran por loca.

- Bueno, los recuerdos o como quieras llamarlos, ya es síntoma de que deberías ir donde un neurólogo, no crees? -

Angélica tenía razón y ella lo sabía pero comenzar a tomar pastillas era lo último que necesitaba en ese momento de su vida. Tenía un empleo estable en una compañía de diseño de ropa, estaba empezando una relación sentimental prometedora y finalmente, después de muchos años, sentía que su vida tenía sentido y que comenzaba a parecerse a lo que siempre había anhelado.

- No sé, déjame ver cómo sigo, vale? -

Conociendo el temperamento de su amiga, Angélica comprendió que lo mejor era hacerle caso. El calvo permanece sentado impaciente sobre el capó del carro mientras se fuma un cigarrillo. El humo que expele, rodea su cráneo redondo y se desaveneca finalmente en el aire. Hace un calor insoportable dentro del vehículo. Aparentemente el calvo disfruta el momento. Ahora se dedica a observar cuanto pájaro surca sus dominios. Ya la colilla del cigarrillo agoniza entre sus dedos esqueléticos. La hora se aproxima.

Antes de entrar al apartamento, de regreso de la consulta, Karina decidió darle una vuelta a la manzana caminando. Pensó que tal vez eso relajaría su ánimo y le permitiría aclarar sus ideas. Mario no demoraría en llegar así que apuró el paso entre las frías y silenciosas calles.

- Imposible, imposible, imposible - No paraba de repetirse en voz baja mientras intentaba relajarse. Sabía que no tenía motivos para estar asustada por el hallazgo de aquella tarde pero aun así sentía una ansiedad que sobrepasaba su capacidad de pensar con cabeza fría. Tan sólo unas horas atrás, después de que le recibiera la neuróloga que le había recomendado Angélica, vio salir rápidamente del consultorio de al lado a un hombre alto, delgado y calvo, vestido exactamente como el tipo de su pesadilla.

Decidida a todo, lo había seguido de cerca por los corredores de la clínica hasta que abandonó el edificio y se encaminó a su auto, un coupé idéntico al que había visto ya tantas veces en su mente. Sin medir las consecuencias de sus actos, subió a su carro y continuó la persecución durante media hora hasta que el hombre se detuvo frente a una casa en un barrio de estrato medio. Presa del miedo pero satisfecha por su osadía, arrancó de inmediato y se marchó.

- Es él - Susurró una vez le dio la vuelta a la manzana.

Por más que deseaba creer lo contrario, estaba segura de que ese era el sujeto. No sabía con exactitud qué significaba eso o qué podía hacer al respecto pero de que era él, era él.

El calvo se da media vuelta y camina despacio alrededor del auto hasta que llega al baúl. Allí saca una pala y un cuchillo del tamaño de su antebrazo. Deja la pala a un lado y con el mango del cuchillo da un leve golpe sobre la enorme bolsa que ha traído desde la ciudad. La niña se retuerce con ferocidad al interior de ésta pero sólo consigue hacer que el calvo la golpee nuevamente, esta vez con mayor desprecio y violencia.

Eso calma a la menor por un rato, lo suficiente para que él pueda cargarla sobre sus hombros y llevarla unos metros monte adentro. El coupé queda atrás con las puertas abiertas mientras el verde de los matorrales se traga lentamente a sus pasajeros. Con excepción del zumbido de los mosquitos y del lloriqueo de la niña, no se escucha nada más.

El calvo se convirtió en su obsesión privada. Todas las tardes, después del trabajo, se desviaba lo suficiente como para pasar enfrente de su casa. En ocasiones se detenía unos minutos allí para observar algún movimiento extraño al interior de ésta y otras veces pasaba muy despacio como si buscara una dirección en el barrio. Pero durante dos meses lo único que vio fue la fachada inmutable y el coupé mal parqueado sobre el andén.

Lo curioso era que durante esos dos meses la pesadilla se había ido esfumando de su cabeza. Ahora interrumpía sus sueños sólo una vez por semana cuando mucho y ya los recuerdos que la asediaban con violencia eran cosa del pasado. Ya hasta podía traerlos a su mente sin temor cada que lo deseaba pero eran éstos menos nítidos, menos escalofriantes, como si en realidad le pertenecieran.

Era viernes cuando se topó con él de nuevo. Venía conduciendo lentamente, simulando estar perdida, cuando sin darse cuenta, el coupé del sujeto pasó a su lado. Acostumbrada a su rutina estéril, Karina se sorprendió al punto que estuvo a pocos centímetros de chocar contra un poste de luz. Y la cosa se puso peor cuando, una vez recuperado el control del vehículo, alcanzó a ver que el calvo iba acompañado por una niña de unos ocho años, de cabello negro largo y tez blanca.

Sin saber qué más hacer, aceleró y se perdió de ahí, arrastrando consigo la duda que habría de

carcomerle el cerebro en los próximos días: sería la hija del hombre víctima más?

Desde el interior del coupé se alcanza a ver al calvo a través del rastro dejado por éste entre la alta maleza. El hombre rompe la bolsa negra para extraer de su interior a la pequeña. Ésta aparece despeinada y trayendo una expresión de horror sobre su pálida carita. Con las pocas fuerzas que le quedan intenta correr pero el calvo tiene brazos y piernas largas y antes de que se aleje tres metros la tiene de vuelta en su poder.

Se escucha un alarido. El cuchillo, impaciente, hace el primer corte sobre la blanca piel de la criatura. El calor se incrementa.

Con la imagen del asesino clavando extasiado los dientes sobre la carne inmóvil de la niña, Karina volvió en sí. Era la primera vez en mucho tiempo que caía en aquel estado de trance involuntario. Tuvo que tomarse unos segundos para aclarar la vista y caer en cuenta de que estaba en su oficina. La idea de volver atrás, de caer de nuevo en esa rutina de pesadillas y visiones sin control en medio de su trabajo y de su nueva vida la llenó de un sentimiento mezcla de miedo y rabia. Algo estaba claro: su mal no iba a desaparecer ni a menguar a menos que hiciera algo al respecto.

- Aló? Mario? No me esperes temprano, tengo que reunirme con una gente de México... espero no llegar muy tarde... te amo - Dejó el mensaje en la contestadora del apartamento y aún confundida sobre lo que estaba a punto de hacer, salió de la oficina y se dirigió a un bar. Necesitaba un trago, o más.

Exhasuto, el calvo mira de reojo hacia el auto y entierra sus pupilas ahí como una hiena que se ve interrumpida en medio de la cena. Tiene la cara llena de sangre, clavada en las piernas del cuerpo inerte. Es la viva imagen de una criatura salvaje devorando su presa tras la cacería. Sus manos, su ropa, todo está cubierto por manchas rojas. Abajo suyo, ocultos tras el monte, se observan los pedazos desgarrados de su trofeo.

Una marea de mosquitos y moscas salidas de la nada sobrevuela la carnicería y se posa sobre ambos cuerpos. El calvo ya saciado, comprende que es hora de irse. Así, regresa al carro, toma la pala y comienza a cavar la tumba. El sudor resbala por su frente y en sus labios untados de sangre se dibuja una sonrisa de satisfacción que es golpeada por los rayos del sol.

Era cuestión de cálculo. Un segundo más, un segundo menos, en cualquier caso su movida dependía de las probabilidades y la física.

- El bastardo se las come, el bastardo se las come - Durante todo el trayecto, Karina estuvo repitiéndose esa frase sin descanso, invadida por un odio que se imponía a su propia moral. La situación era inaguantable. Aquel sueño había conseguido trastornarle la vida de tal forma que más que una obsesión, terminó convirtiéndose en su motivo para vivir, en el eje de sus pensamientos. El huracán de sensaciones que despertaba la presencia en su mente del sujeto del matorral era demasiado poderosa y repulsiva. Y era hora de terminar con ese mal.

La gente salió de sus casas tan pronto escuchó el impacto. Lo primero que vieron fue la conjunción de los dos autos, ambos destrozados. Al acercarse notaron la presencia de la joven en uno de ellos. En el otro iba Rubén, a quien cariñosamente sus vecinos apodaban El Calvo. A juzgar por las apariencias, él había llevado la peor parte. El choque le tomó por sorpresa y su cabeza yacía inmóvil, incrustada en el parabrisas. Se necesitaba optimismo para creer que seguía con vida. La mujer, por su parte, estaba desmayada en su puesto pero no sangraba; sólo se había desmayado. Leves movimientos de su cuerpo así lo indicaban.

- Gloria Neira... a ver... sí, sí tiene seguro - Dijo media hora después uno de los bomberos que ayudó a extraer su cuerpo del auto en ruinas, dirigiéndose a los paramédicos. En sus manos sostenía la cartera de la mujer y sus documentos de identidad.

Todavía inconsciente, la mujer fue subida a la ambulancia. Ésta se perdió rauda entre el tráfico, mientras que atrás los bomberos continuaban la labor de sacar del segundo carro el cuerpo sin vida de El Calvo.

En ese mismo instante, a dos kilómetros de ahí, Karina tuvo que desviarse ágilmente para evitar un accidente de tránsito. Un agudo dolor atravesó su cabeza de lado a lado mientras manejaba en plena avenida. Afortunadamente tuvo tiempo para maniobrar y ponerse a salvo antes de perder el conocimiento. Supo que ya no llegaría a tiempo para arrollar al supuesto asesino de sus pesadillas cuando éste se bajase de su auto al momento de regresar a casa. Se estaba haciendo de noche y tras las colinas que bordeaban la ciudad, el sol inició un lento y purpúreo descenso.

El Calvo ha quemado toda la ropa que llevaba encima a la hora de la carnicería y se ha puesto una sudadera roja que traía en el asiento trasero. Después de enterrar las partes del cuerpo de la niña en una zona alejada del camino y de esparcir ácido sobre el lugar del homicidio, se dispone a marcharse. La tarde ha caído y el crepúsculo anuncia su presencia con nubes anaranjadas y una brisa que sacude al monte.

En absoluto silencio enciende el motor y da marcha atrás sobre la marca dejada por las llantas anteriormente sobre la tierra.

A lado y lado del camino el verde inunda el paisaje. De vez en cuando a través de él se observa un distante cuadro montañoso cuya cima ha sido cubierta por la neblina que desciende de los cielos.

Finos rayos de sol se filtran a través de su piel esponjosa, rasgando el aire.

A su lado, El Calvo le dirige una mirada de reojo. Él parece estar calmado. Siempre le ha gustado la quietud del regreso. A ella también. Es un momento de paz que sabe, durará lo suficiente como para poder descansar.

En el espejo retrovisor puede observarse la huella dejada por el auto, una larga cicatriz que pronto sanará y será olvidada.

- Esta parte del sueño no la había visto antes - Dice Karina, hablando consigo misma.

- Deja de decir incoherencias, sabes que odio que hables así - El Calvo enciende un cigarrillo y aminora la velocidad para retornar la carretera intermunicipal. En sus labios el sabor de la carne virgen comienza a desaparecer.